

Perspectiva ibérica y educación literaria. La «Historia literaria de Portugal» de Fidelino de Figueiredo

La obra que aquí se presenta es una reedición, con algunas enmiendas, de la traducción española que Pedro Blanco Suárez realizó de la *História Literária de Portugal (Séculos XII-XX)*, escrita por Fidelino de Figueiredo, y que publicó la editorial Austral en tres volúmenes independientes a finales de los años cuarenta. La *História Literária* había sido impresa en Coimbra en 1944, por la editorial Nobel, y era en realidad un resumen de los cinco volúmenes que habían ido viendo la luz en décadas anteriores y en los que se repasaban los principales periodos de las letras lusas. Pero es importante destacar que esta «condensación», como a ella se refiere el propio autor en el prólogo, ya había sido presentada casi veinte años antes al público español, en una edición de la casa Labor de Barcelona de 1927 (y, tiempo más tarde, en 1940, saldría al mercado brasileño). En esa breve introducción que abre el volumen, el propio Figueiredo explica estos avatares y formula, también, una duda acerca de la pertinencia de lo que no deja de ver como una reimpresión, preguntándose si esa recapitulación será «un libro oportuno» ante una nueva era que presiente marcada por la catástrofe bélica.

En poco más de dos páginas se ofrecen ya dos trazos básicos del perfil y la trayectoria intelectual de Figueiredo de los que esta obra da suficiente testimonio. Por una parte, la inquietud permanente y la autoexigencia, que lo llevarán a revisar sus producciones y su pensamiento, a mostrar curiosidad científica por campos de conocimiento dispares y a implicarse en empresas intelectuales e institucionales

diversas. Sus iniciales preocupaciones historicistas fueron dejando paso a la reflexión más ensayística y filosófica sobre el hecho cultural y literario, como hace en *A Luta Pela Expressão (Prolegómenos para uma Filosofia da Literatura)* (1944), y a acercamientos a autores específicos, como *Um Pobre Homem da Póvoa de Varzim* (1945), donde reúne sus trabajos sobre Eça de Queirós, que abordó siempre desde la conjunción de historia y crítica que formula tempranamente en *O Espírito Histórico* (1910). Fundó y dirigió la influyente *Revista de História* durante el periodo 1912-1928 y fue dos veces director de la Biblioteca Nacional portuguesa. Consciente de la importancia pública del intelectual en el que fue su siglo, al que dedicó *Menoridade da Inteligência* (1933) y *O dever dos intelectuais* (1935), sin duda ejerció este papel con vocación y sin desánimo y sufrió, como tal, las interferencias de unos poderes políticos que sabía desaforados: fue deportado en 1927 y, en su exilio, vivido fundamentalmente en España y Brasil, disfrutó de los puestos académicos que le habían sido escatimados en su país: da clases en las Universidades de Madrid y São Paulo, pero también en Standford, Columbia y Berkeley.

El otro dato importante que se intuye de la breve presentación de Figueiredo es su cercanía intelectual con el país vecino, España, que aparece como la audiencia primera de una síntesis histórica en la que se declara «heraldo de las curiosidades hispanófilas». El intelectual portugués mantuvo correspondencia epistolar con Unamuno, Dámaso Alonso, Américo Castro, Menéndez Pidal y Díaz-Plaja entre otros, y probablemente el exilio en los años madrileños llevó hasta el terreno vital una sintonía que es sin duda sintomática de un periodo histórico determinado y que debe entenderse en estrecha conexión con el debate sobre el iberismo, como se verá. De hecho, en 1932 publica el que Rivero Machina ha calificado como el «volumen sobre el “problema de España” más influyente» escrito en Portugal (Rivero Machina 2015: 4): se trata de *As Duas Espanhas*, y el sabor un tanto machadiano de su título deja entrever el argumento central que lo guía, que reformula la consabida contraposición entre conservadu-

rismo reaccionario y dinamismo progresista. Y es que el pensamiento iberista fue un fruto indirecto de una reflexión compartida sobre un problema igualmente común: el del declive nacional, simbolizado en el *Ultimátum británico a Portugal* (1890) y el desastre colonial español del 98.

* * *

Como ha analizado Michel de Certeau, todo intento historicista implica unas expectativas de partida, una toma de posición previa que condiciona el trabajo emprendido y lo despoja de inocencia. ¿Cómo caracterizar la «operación historiográfica» de Fidelino de Figueiredo? Como toda historia literaria nacional, es en primer lugar heredera del romanticismo. Pero el sustrato romántico está, no obstante, sometido a múltiples tensiones que lo resquebrajan en distintos puntos, abriendo líneas de fuga que muestran el esfuerzo renovador del autor y su sensibilidad preventiva ante los excesos del esencialismo nacionalista. No solo del romántico, sino también del contemporáneo.

Figueiredo no puede sino asumir el binomio nación-literatura a la hora de vertebrar la naturaleza de esta última que, en línea con los postulados de Schlegel, expresa el sentir del *Volkgeist*: así, explica el estudioso luso que «la literatura refleja fielmente las preocupaciones, los problemas y los afanes de la vida nacional» en un axioma confirmado por las excepciones. Lengua y territorio acaban de componer una ecuación reconocible y tan naturalizada que apenas caben dudas acerca de la referencialidad del adjetivo que los mienta: portugués/esa. Precisamente es este entendimiento de la literatura como expresividad esencial de una personalidad colectiva la que posibilita, como ha estudiado Pérez Isasi, el surgimiento de la historia literaria como «narrativización cronológica y, frecuentemente, teolológica, de los hechos literarios de una nación» (Pérez Isasi 2013: 139). Este fenómeno aparece en el planteamiento de Figueiredo, que relata el periplo histórico de una literatura, la portuguesa, que no

es sino la emanación expresiva del cuerpo nacional. Ambos surgen juntos: la Edad Media, se nos dice, comienza con «los orígenes de la nacionalidad» en un acto de rebeldía política contra la monarquía de León, y da sus primeros frutos en el siglo XII, concretamente, en el poema de Paio Soares de Taveiros datado en 1189 y contenido en el *Cancioneiro da Ajuda*. El empleo anacrónico de una noción política decimonónica como la de nacionalidad no deja de ser obvio, pero era por lo demás común en la historiografía coetánea. La acusada conciencia de la determinación política de lo literario se manifiesta en muchas ocasiones en el texto de Figueiredo: es precisamente la «autonomía política» la que impulsa la lengua y, consecuentemente, «la creación de una literatura original, como original fue en varias horas el tenor de la vida lusitana», a diferencia de lo que sucedió en Galicia. Del mismo modo, no es de extrañar que, en la narración del «drama histórico de Portugal», la fortuna política de la nación redunde en fortuna literaria, ni que, en esta lógica, la época gloriosa de la literatura sea la que corresponda al periodo de los Descubrimientos y se exprese en términos de acendramiento idiosincrático: «ese siglo XVI», se nos dice, «es la época de mayor afirmación del espíritu nacional de la literatura portuguesa».

Los vaivenes de este recorrido nacional-literario confirman asimismo lo que Cabo ha denominado «subjektivización» de la literatura o su «conexión con un sujeto preciso, característico y, por así decir, diferencial» (Cabo 2012: 47) que en el caso de la historia que nos ocupa muestra un perfil reconocible, producto de una configuración psicológica y orgánica determinada: los periodos de decadencia, que producen sufrimiento emocional, coinciden, en perfecta lógica con el planteamiento expuesto, con influjos foráneos que actúan como auténticos gérmenes que merman el bienestar identitario. El léxico vinculado a la enfermedad lleva esta subjektivización al terreno de lo patológico, como sucede de modo reiterado cuando Figueiredo alude a los años de hegemonía española. La siguiente cita es ilustrativa de esta y de otras dinámicas:

Es la combinación de estos diversos elementos la que da una típica fisonomía a la literatura portuguesa del siglo XVI, en la cual tenemos que reconocer lamentablemente que la capacidad creadora excedió a la capacidad de perfección. Es que esa fase de la experiencia nacional fue truncada antes de su plenitud por la pérdida de la independencia con la anexión de la corona portuguesa a la de España. Surgieron entonces influencias enfermizas y asfixiantes, que serán señaladas a su tiempo.

Sin embargo, es de la salud de ese peculiar cuerpo de la que dependerá la fortuna del periplo histórico, los altos y bajos del camino que quedan ahí brevemente apuntados. En *Is Literary History Possible?* (1992), David Perkins explica que las historias literarias tradicionales siguen un patrón narrativo que tiene diversas posibilidades, y el de «*rise and decline*» (Perkins 1992: 39) es muy probablemente el que más se adecua al trazado modelado por Figueiredo para la literatura portuguesa. Tras la culminación frustrada de la fase de ascensión con la expansión colonial del XVI, sobreviene un periodo prolongado de caída, motivada, como ya se ha dicho, por la realización efectiva de la amenaza castellana en el siglo XVII. La imposibilidad de hallar la perfección literaria a causa de un desencuentro entre fondo y forma, entre material y estilo, delata una concepción fuertemente carencial. Probablemente como alianza defensiva ante el poderoso vecino español, Figueiredo dirige su atención hacia las otras literaturas peninsulares, que asocia efectivamente a unas nacionalidades específicas respectivas. Todas ellas componen un panorama compensatorio: el del genio literario ibérico, que define como «superior, poderoso y variado» y que es «verbo de una civilización típica, la ibérica», y que tiene una muestra de su variedad interna en los diferentes idiomas en que se ha expresado y expresa. Esa es justamente la hipótesis que Figueiredo desarrolla en *Pyrene: ponto de vista para uma introdução à história comparada das literaturas portuguesa e espanhola*, de 1935, cuya versión española ha sido recuperada recientemente por la editorial Athenica. Especial papel tiene, dentro de ese espacio literario pe-

ninsular, el caso gallego: no solo a la literatura sino también a la lengua gallega se dedican breves pero interesantes páginas en la *Historia literaria* que aquí se presenta.

Ni la consideración conjunta de las literaturas ibéricas ni la asignación de unos determinados valores carenciales a la portuguesa ni, incluso, la reticencia ante la influencia del XVII español son ideas plenamente originales, sino que proceden del mismo fondo romántico ya mencionado, como han estudiado con profundidad Cabo (2003a, 2003b, 2004, 2012), Domínguez (2004, 2006), Casas (2007) o Pérez Isasi (2007, 2014a, 2014b) entre otros. En realidad, estamos ante una heterocaracterización, esto es, ante una imagen importada, que tiene su origen en la labor historiográfica de autores decimonónicos como el ya nombrado Schlegel, Bouterwek, Sismondi o Madame de Staël, quienes buscan asentar la hegemonía cultural y literaria centroeuropea mediante su contraste con un Sur sobre el que proyectan, especularmente, una alteridad que lo convierte en su reflejo invertido. La geografía cobra aquí valor caracterológico. No en vano Madame de Staël, en su célebre *De l'Allemagne* (1813), contraponía las razas germánicas a las románicas, señalando cómo el legado romano dejaba a estas últimas —española, portuguesa, francesa e italiana— una preferencia por la razón práctica y el vitalismo que las alejaba de la tendencia especulativa germánica y, en cierta medida, de la sofisticación moderna (Staël 1852: 9). Figueiredo no deja de consignar la «debilidad del espíritu crítico y filosófico» portugués, y la ausencia de una auténtica tradición de pensamiento que impide su historización. Este se da siempre de modo impuro, en conexión o bien con el sentimiento, y redundando en una tendencia mística y alógena que es implícitamente censurada, o bien con la ficción poética. Esta falta sería, por otra parte, compartida en toda la península. Hay que recordar que una insuficiencia similar era detectada por Ortega y Gasset en su temprano *Meditaciones del Quijote* (1914): el imperativo vital de los pueblos mediterráneos los distraía de elucubraciones abstractas. Y este mismo axioma está presente, entre otros lugares,

en la interesantísima aproximación que realiza Philip Silver a la poesía española del XX en *La casa de Anteo* (1985).

Dentro de esta visión transnacional del sur europeo, la subsunción de España y Portugal en una entidad literaria unitaria es llamativa: en su *Geschichte der Poesie und Beredsamkeit seit dem Ende des dreizehnten Jahrhunderts*, publicada originalmente entre 1801 y 1819 y traducida al español diez años más tarde, Bouterwek afirmaba que ambas literaturas tenían un mismo tipo de forma y espíritu poéticos, y César Domínguez ha estudiado cómo este espíritu conjugaba de modo peculiar geografía, orientalismo y énfasis en lo barroco (Domínguez 2006: 425). En esta lógica englobadora, Portugal lleva la peor parte, oscurecida bajo la sombra española, a cuyas características simbólicas queda adscrita. Quizás uno de los que se detiene más en la especificidad literaria portuguesa sea Simonde de Sismondi, que dedica el cuarto libro de su compendio historiográfico *De la littérature du Midi de L'Europe*, de 1813, a repasar sus hitos fundamentales. Resalta ciertas cualidades que ya nos son familiares, como la existencia de una línea evolutiva descendente que va de la elevación al ocaso. Pero esta elevación nunca es completa, sino que queda frustrada. Sismondi describe el idioma portugués como una especie de español contraído y enuncia juicios tan poco halagadores como el siguiente: la literatura portuguesa es realmente rica en nada, excepto en su poesía lírica y bucólica. Estas conceptualizaciones impregnan la visión figueirediana: no es difícil entender que la nostalgia de ese esplendor imposible funda una mirada sentimental hacia el pasado, que encuentra una expresión naturalmente lírica, y que esta se plasma en la producción literaria. De ahí la caracterización que hace Figueiredo de las letras portuguesas en torno a una conjunción de lo que él denomina *lirismo y memorialismo*:

Hay en el carácter portugués dos inclinaciones constantes. La primera condensa el universo en el alma de cada uno, en la singularidad de las reacciones personales, de los problemas de cada alma y de los amores

de cada corazón. Sería el lirismo. La segunda condensa el universo en la memoria, lo ve como historia, como un *fluir* de sucesos, que en cada momento se puede recuperar, en una gran indiferencia por las síntesis y por las ideas generales, por las realidades ambientes y por los problemas cotidianos. Sería el memorialismo.

Este memorialismo matiza otras propuestas mucho más extremas que estaban en boga en su época. No hay que olvidar el movimiento *saudosista* de la primera mitad del siglo XX, que tuvo en Teixeira de Pascoaes uno de sus representantes más señeros. Lo que se presentó como una reivindicación de una *saudade* supuestamente regeneradora para la sociedad acabó por instalarse en la percepción colectiva como un lugar común que identifica el ser portugués con la melancolía.

Incluso el diagnóstico sobre la decadencia portuguesa hace un viaje de ida y vuelta. Si Figueiredo se refiere al «colapso» que significó para el país y su literatura la unión con Castilla en el periodo infausto de 1580-1640, lo cierto es que, como ha estudiado Fernando Cabo, ya los propios ilustrados españoles habían visto en la cerrazón a Europa de los últimos Austrias el inicio del declive patrio, y habían sentado de alguna manera la base sobre la que la distancia geográfica se convertiría en distancia temporal, esto es, en retraso respecto a la normalidad continental. Cabo explica cómo el denominado *anti-austracismo*, o rechazo de este legado dinástico, tuvo también manifestaciones en Portugal, y cómo Freire de Carvalho, un historiador literario del XIX, estableció la relación causal que pasaría a los autores centroeuropeos vistos, desde los que volvió convertida en idea canónica y apenas discutida (Cabo 2012: 33).

Al tiempo que asume ese poso hermenéutico, Figueiredo se rebela también frente a las hipotecas de subalternidad que este supone, y destaca las excepcionalidades literarias portuguesas. También ahí la dimensión ibérica le sirve de ayuda, pero debe ser entendida en un sentido distinto del anterior. Fenómeno poliédrico e instrumentalizado por distintos poderes y en distintas esferas —la económica

y política, sin duda (Campos Matos 2008)— el iberismo había sido incorporado al ideario reaccionario y fascista por parte de la *intelligentsia* portuguesa, pero también española, de las décadas anteriores: así ocurre en el célebre libro de António Sardinha, *A aliança peninsular* (1924), cuya edición española fue prologada por Ramiro de Maeztu en 1930, pero también en las aproximaciones de Pequito Rebelo, Eugénio de Castro o António Ferro. Figueiredo se aparta de las concepciones que unen a España y Portugal bajo los imperativos de una esencialidad religiosa —el catolicismo— y con vocación neoimperialista, para asumirlo como una noción perspectivística, un campo de análisis constituido por continuidades complejas entre países. El iberismo aparece así, ante todo, en Figueiredo, como una conciencia comparatística, una convicción de orden metodológico ante el estudio del hecho literario, que no conoce fronteras fijas. Como explica en *A Crítica Literária como Ciência* (1912), «[m]uitas vezes no decurso destas investigações, o crítico reconhece que não é possível chegar a um resultado satisfatório, só adentro das fronteiras nacionais, só considerando a evolução literária nacional» (1912). Figueiredo aprovecha este mapa de trabajo desplegable más allá de los presupuestos nacionales para subrayar los aspectos en los que Portugal desempeña un papel relevante, aunque sea meramente fundacional. Esta dialéctica carencia-encarecimiento se hace muy reconocible en el tratamiento de la tradición teatral portuguesa: apenas inexistente, como el estudioso explica, sí ofrece la figura de Gil Vicente y sus autos que, sin encontrar continuidad en el campo literario portugués, son el auténtico sustrato del que surgirá el esplendor de Lope de Vega un siglo más tarde. Pero estas reivindicaciones nunca alcanzarán el espíritu confrontador del lusismo, que postulaba un desencuentro racial entre España y Portugal, y que tenía su máximo representante en el historiador literario más influyente hasta entonces, Teófilo Braga.

Los vínculos entre la historia literaria como género y el sistema educativo se remontan al nacimiento de la primera, concebida como un efectivo instrumento de nacionalización; de ahí su rápida institucionalización tanto en España como en el país vecino, como han visto Cabo (2012: 82-83) y Pérez Isasi (2010). Palma Ferreira ha estudiado con detenimiento la tutela estatal de la labor de los historiadores literarios portugueses, en su *Subsídios para o Estudo da Evolução da história e Crítica da Literatura Portuguesa* (1986). Pese a su posición no del todo estable en el campo cultural propio, la obra de Figueiredo también tuvo repercusión en la enseñanza reglada, para la que editó manuales sobre el tema que nos ocupa. En estos últimos tiempos, la perspectiva peninsular a la hora de enfrentar el hecho literario ha vuelto a mostrar su absoluta pertinencia; en esta línea pueden enmarcarse los sugestivos trabajos de Arturo Casas (2000, 2003, 2004, 2014), quien también muestra su conciencia de la tutorización administrativa de lo literario a través del control didáctico (2014: 23). Y, desde luego, está presente en el reciente volumen *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula* (2010) (Abuín et al, 2010). Quizá es en el seno de esta conjunción entre iberismo y educación donde debería incorporarse la mirada ampliada que Figueiredo nos enseña. La reedición de esta *Historia literaria de Portugal (siglos XII-XX)* es sin duda un instrumento utilísimo para ensayar una disposición intelectual que permita desterrar el viejo tópico de España y Portugal como países que se dan la espalda, y obtener los beneficios, no solo simbólicos, de un horizonte más amplio.

Margarita García Candeira